

art buchwald

«PODER ROJO»

Washington.—Belsky, mi amigo negro, no se ha sentido impresionado por el informe sobre los disturbios raciales que ha presentado el gobernador Kerner y su comisión.

—El problema del informe —me dijo— es que no habla de ninguna amenaza comunista.

—¿Qué quiere decir?

—Que el Congreso no tomará ninguna medida al no mencionarse la amenaza comunista.

—Pero el informe advierte que seguirán los disturbios a menos que se haga algo en los barrios pobres...

—No se trata de eso. Usted puede hablar de amenazas, frustraciones, desigualdades, pobreza, falta de empleo y todo lo que quiera, pero nadie lo tomará en serio si no incluye la amenaza comunista.

—No acabo de entenderlo —dijo.

—Mire, señor, estamos gastando cientos de millones de dólares al año en Vietnam para ganar el corazón y la mente de gentes que ni conocemos ni comprendemos porque dicen que están amenazadas por los comunistas. Cada vez que el Presidente va al Congreso y dice: "Necesito unos miles de millones de dólares más o los comunistas se apoderarán de ese pequeño país" obtiene el dinero que desea.

—Y así debe ser. ¿No querrá usted luchar con los comunistas en las playas de Hawaii, verdad?

—No, señor, lo que trato de decirle es que no se conseguirá nada en este país mientras usted no logre probar que los comunistas están luchando por conquistar la mente y el corazón de los negros. Si usted presenta ese mensaje al Congreso, nadie lo discutirá mucho tiempo.

—De modo que si los negros pueden probar que hay una conspiración internacional para ganárselos para el comunismo ateo, ¿podríamos iniciar inmediatamente un programa para mejorar las condiciones de los "ghettos"?

—Estoy convencido. Los Estados Unidos pueden vivir con los negros, con los pobres, incluso con locos, pero no con comunistas. Si los negros le dicen al gobierno, por ejemplo: "Oiga, tenemos una amenaza roja en este barrio y necesitamos algunos dólares para eliminarla", empezarán a llegar tantos camiones con dinero que se creará una congestión del tráfico.

—Pero esta táctica enojaría a muchísima gente...

—El mayor éxito —prosiguió Belsky— de los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial fue la ayuda a otros países amenazados por los comunistas. Si los negros y los blancos que están a favor de los negros dejaran de hablar de los males sociales de los "ghettos" y se limitaran a propagar que los negros norteamericanos desean simplemente evitar el comunismo, los blancos reconsiderarían el problema.

—Probablemente reaccionarían...

—Desde luego. Usted va al Congreso en periodo de elecciones y habla del "poder rojo" en vez del "poder negro" y el propio George Wallace se echa a temblar.

—Belsky, quizá tenga usted razón. Como norteamericano blanco no tengo nada en contra de los "ghettos" negros, pero sí lo tendría contra los "ghettos" rojos.

—Es lógico —dijo Belsky—. Nadie desea tener vecinos comunistas.

(Copyright, 1968, The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service.-Agencia Zardoya.)

LA REVOLUCION JUVENIL AMERICANA

«Alternativas a la violencia»



El «New Deal» de Roosevelt pudo superar, en los últimos años treinta, la honda crisis que había constituido la secuela del desastre económico de 1929. El patronato americano, atemorizado ante el violentísimo sesgo adquirido por los conflictos sociales, se vio forzado a pactar con el reformismo preconizado desde el partido democrata, en un momento en que los Estados Unidos parecían abocados a una auténtica revolución. La política rooseveltiana determinó la integración de los sindicatos obreros en el sistema, y la oposición revolucionaria quedó atrincherada en minúsculos partidos sin base de masas: sólo una fracción de intelectuales y pequeño-burgueses mantuvo, paradójicamente, el radicalismo social.

A partir de la guerra mundial, la sociedad americana quedó prácticamente

inmovilizada bajo el estrecho esquema político de la guerra fría con sus mecanismos represivos en plena tensión. La juventud de los años cincuenta recibió de Irving Kristol el nombre de «Generación Silenciosa». El escritor italiano Furio Colombo, uno de los componentes del llamado «Gruppo 63», ha estudiado muy bien este fenómeno en su reciente libro «Alternativa a la violencia» —versión española de Editorial Lumen—, explicando certeramente la naturaleza del giro copernicano experimentado por la orientación de las masas juveniles universitarias a partir de 1960. Pensamos que entre los factores que condicionaron este viraje hay que considerar como el más poderoso la reacción suscitada por la guerra del Vietnam. Y no han sido ajenos al mismo, desde luego, algunos prestigiosos profesores, entre los que habría que destacar en primerísimo término a Herbert Marcuse, el cual ha revisado a fondo sus posiciones acerca de las posibilidades de transformación del sistema para asumir lo que podríamos denominar un «pesimismo activo», en una perspectiva político-ideológica cuyo punto de partida es la oposición global, no integrada.

Movilizada la juventud, su más reciente bandera la representa la candidatura del senador McCarthy, al servicio de la cual trabajan masas estudiantiles en todo el país. Furio Colombo, que analiza en profundidad este proceso de radicalización nacido en el primer año de la década, subraya el carácter de «personal bond» —responsabilidad personal— del motor psico-sociológico que ha desencadenado la energía de la nueva generación.—E. G. R.

TEATRO EN PROVINCIAS

Afición contra viento y marea

Esta vez, los testimonios proceden de dos capitales de provincia alejadas de las rutas teatrales. Dos ciudades que ni tienen vida teatral propia ni son tampoco estaciones para las compañías que van «al Norte» o vuelven de él. Me refiero a Pontevedra y a Badajoz, donde he pasado unas horas hablando y oyendo hablar de teatro.

En Pontevedra, bajo el cobijo de su Ateneo, un grupo teatral recién creado. Y ya un título de Alberti, sin duda, lleno de riesgos. En definitiva, un testimonio esporádico, pero muy significativo, de lo que un grupo de personas —las únicas, por otra parte, que en la ciudad son capaces de emplear su tiempo en preparar y ofrecer una representación— pide al teatro. Tras el título de Alberti, se barajaban nombres como los de Weiss o Bertold Brecht.

En Badajoz no hay ninguna compañía no profesional. En su teatro, cine. Sólo la revista pasa muy de tarde en tarde. El teatro, tomado en un sentido mínimamente serio, ha sido borrado de la vida pública.

Podríamos decir, en resumen, que ni Pontevedra ni Badajoz, en tanto que ciudades, incluyen el teatro entre sus manifestaciones y necesidades. Igual que sucede en la mayor parte de nuestras capitales de provincia.

Ahora bien, lo paradójico es que, en mitad del desierto teatral pontevedrés,

unas gentes hacen a Alberti y se reúnen en el Ateneo para hablar seriamente de teatro. Lo sorprendente es que en Badajoz se llena el saloncito de actos de «La Económica» para discutir el teatro español actual. De forma que uno no puede menos que sorprenderse de esta voluntad nacida en medio de la incomprensión o trivialización del teatro.

¿Cuál es su verdadero sentido? ¿Habríamos de estimarla como una forma snob del evasiónismo? ¿Una especie de aristocratismo cultural? ¿O será el testimonio del fraude que el teatro actual está perpetrando sobre nuestra sociedad? ¿Cómo no interrogarnos por esta «necesidad» teatral, sostenida por un sector contra los vientos y mareas de la ausencia o de las presencias nefastas y ocasionales?

Dejemos las grandes frases a un lado. Con todo, es imposible no ver en esta tensión entre el desierto y Alberti, entre el desierto y el grupo de «La Económica», una expresión más —dada esta vez a través del teatro— del agobio que soportan las actitudes abiertas, humanistas, interrogadoras y críticas.

¿Qué ha sucedido con el anteproyecto de ley teatral destinado, entre otras cosas, a descentralizar el teatro? ¿Por qué no hay teatro en nuestras capitales de provincia?

Bien entendido que lo que importa

no es que las ciudades dediquen parte de su dinero al sostenimiento de una sala desprovista de potencia cultural. Sino todo lo contrario. El teatro debe llegar a todas partes de la mano de gentes que, como éstas que yo acabo

de conocer en Pontevedra y en Badajoz, piensan que el escenario es el lugar idóneo para proponer imágenes conflictivas, abiertas y reales del hombre y la sociedad que ocupa la butaca.—J. M.

MOLINS DE REY

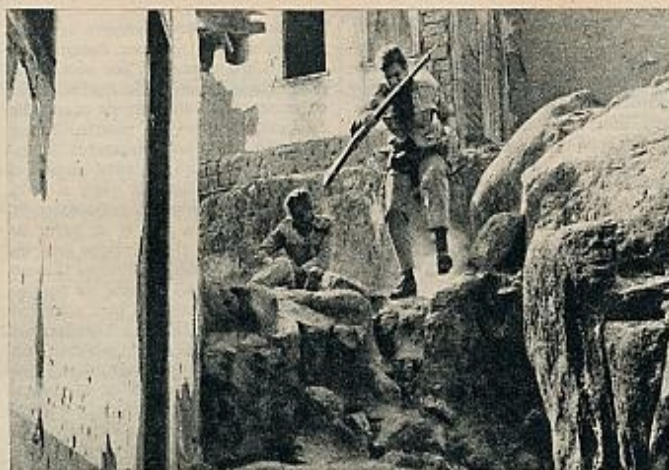
Cine español y latinoamericano

Cada año, desde hace cinco, Molins de Rey —una pequeña localidad cercana a Barcelona— celebra su Semana del Nuevo Cine Español, organizada por su Cine-Club, que preside Isidro Maclás, y dirigida por Juan Francisco de Lasa. De Molins procede, precisamente, esa denominación de «nuevo cine español» que últimamente ha hecho correr tanta tinta, que hoy se discute y es objeto de apropiación desde distintas posiciones. Lo que es evidente es que, con sus limitaciones —que en último término no son sino reflejo de otras de tipo más amplio, de carácter estructural—, la Semana de Molins ha logrado sobrepasar, con mucho, el ámbito local. Sus ediciones, evidentemente, no han alcanzado todas el mismo nivel. En último término, una Semana no puede ser sino reflejo del cine que se hace. Y este año la situación de nuestro cine no ha sido particularmente boyante.

Ante una realidad de hecho, se ha optado por la «ópera prima», complementando las sesiones con un aún tímido Encuentro Latinoamericano, al que se pretende dar mayor importancia en el futuro. De las películas españolas programadas fallaron dos, una de ellas —«Ditirambo», de Gonzalo Suárez— por no haber interesado a sus compradores, según declaró su realizador, la proyección en el marco de la Semana, y la otra —«Amor adolescente», de Jorge Lladó— por dificultades burocráticas, ya que al haber sido rodada en 16 mm. y luego pasada a 35 las autoridades no habían concedido, en el momento en que debía ser proyectada, la autorización necesaria, aunque parece que a última hora, ya terminada la Semana, el problema está en vías de resolver-

se. Es lástima que las cosas se hayan presentado en esta forma, ya que «Ditirambo», en cuanto primer largometraje de uno de nuestros novelistas más interesantes, (podía haber dado a la confrontación una pasión de la que en general ha carecido, y «Amor adolescente» ofrece el interés de haber sido realizada por un equipo extremadamente joven —el director tenía diecinueve años cuando la película se planteó— y desde las coordenadas insólitas de una pequeña ciudad de provincia, Gerona. Ausentes estas dos películas —que he tenido ocasión de ver en proyección privada, y de las que vale la pena hablar, por distintas razones, en otra ocasión— el resto del material español presentado no logró apasionar a los espectadores. Las dos obras más interesantes —«La busca», de Angelino Fons, y «No contéis con los dedos», de Pedro Portabella— luchaban con serios handicaps, en primer lugar el de haber sido proyectadas ya en Barcelona, y en segundo lugar el de las condiciones de sus respectivas proyecciones en el propio marco de la Semana. De «La busca» ya nos hemos ocupado ampliamente en estas páginas. «No contéis con los dedos» es, a lo largo de sus treinta minutos de duración, uno de los más brillantes experimentos del cine español, en el que influencias ajenas innegables se hacen hallazgos propios a través de una inteligente asimilación.

El resto de films españoles decepcionó. En años anteriores, Molins había sido el revelador de películas como «La caza» o «Nueve cartas a Berta». Las que se presentaban este año acusaban en exceso las limitaciones, no sólo de orden económico, en que ha-

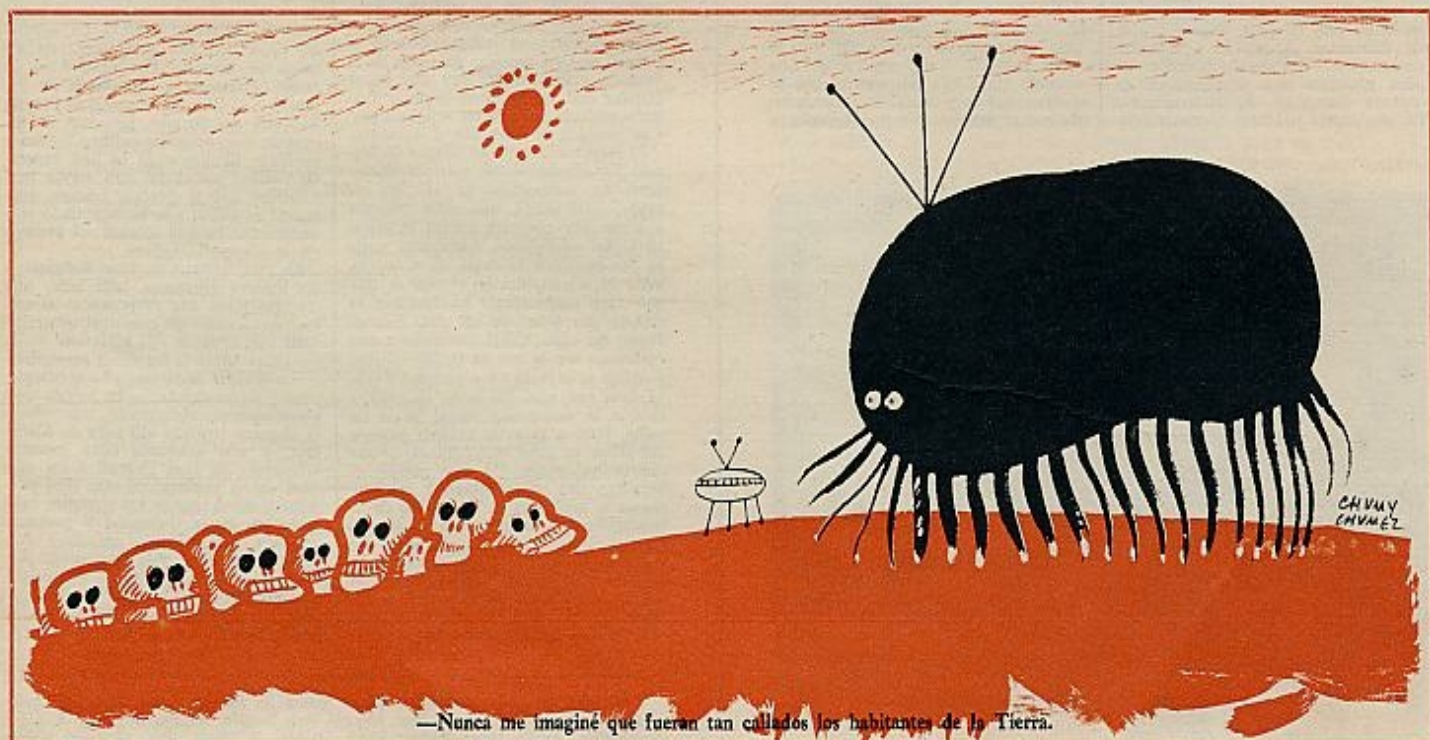


FUSILES...

bian trabajado sus autores. Obras de encargo, como «Días de viejo color», de Pedro Olea, hechas al amparo de la protección al cine infantil, como «El tesoro del capitán Tornado», de Antonio Artero, no sirven, evidentemente, para dar la medida de sus autores, aunque la primera acuse el dominio del oficio de Olea y la segunda esté salpicada de ideas brillantes que no alcanzan la debida traducción en su puesta en imagen. Por su parte, «Tinto con amor», de Francisco Montolio, acusa una inexperiencia en su realizador que sorprende después de haber visto su ejercicio de fin de curso en la E.O.C., uno de los más brillantes entre los de los últimos años, mientras que «Los amores difíciles», de Raúl Peña, dentro de sus insuficiencias y el carácter excesivamente juvenil de sus planteamientos, da testimonio de una capacidad para dirigir corporalmente a los actores —sobre todo en el tercer sketch— y para dar verosimilitud a situaciones que en el guión parecían insalvables. La aportación española se cierra con la exhibición, en sesión de homenaje a Berlanga, completada con la de «Días de viejo color», donde interviene como

actor, de «Esa pareja feliz», primera obra realizada en colaboración con Bardem y que conserva, después de más de quince años, gran parte de su frescura original.

El Encuentro Latinoamericano comportaba cuatro proyecciones. Un film argentino, uno mejicano, uno portugués y uno brasileño en sustitución del no presentado «Ditirambo». «Pajarito Gómez», de Rodolfo Khun, ha sido ya comentada en estas páginas a raíz de su exhibición en la reciente Semana de Cine Argentino. «Los cañanes», de Juan Ibáñez, y en cuyo guión ha trabajado Carlos Fuentes, es una interesantísima muestra de un cine que apenas conocemos salvo en su peor vertiente, en la que junto a ingenuidades propias de una cinematografía que continúa desinvolviéndose en condiciones poco menos que de primitivismo, existen estupendos aciertos que la hacen apasionante por momentos. «Belarmino», de Fernando Lopes, incide en el «cine directo» y es como una larga entrevista televisiva con un «viejo» boxeador, a través de la cual se replantean distintos aspectos de la sociedad portuguesa. «Los fusiles», de Rui Guerra, es, sin



—Nunca me imaginé que fueran tan callados los habitantes de la Tierra.